

## **PREGÓN DE LA FERIA DEL LIBRO DE GRANADA, 2019**

**ROSAURA ÁLVAREZ**

Autoridades, amigos, señoras y señores:

Suelo hablar poco en público. Mi deteriorada garganta y mi carácter introvertido contribuyen especialmente a ello. Mas cuando lo hago, hay algo que me obsesiona: enamorar, captar a un posible lector y, llevando el agua a mi molino, a un posible lector de poesía. ¡Tanta bondad artística, tanto gozo íntimo regala el verso! Propicia es hoy la ocasión: Feria del Libro. El sitio, también propicio, frente a la colina de Los Mártires, lugar donde se escribiesen algunos poemas más bellos de nuestra literatura.

¡Oh noche que guiaste!

¡Oh noche amable más que la alborada!

¡Oh noche que juntaste

Amado con amada,

amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,

que entero para él solo se guardaba,

allí quedo dormido,

y yo le regalaba,

y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,  
cuando yo sus cabellos esparcía,  
con su mano serena  
en mi cuello hería  
y todos mis sentidos suspendía.

Quédeme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el Amado,  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.

Son estrofas del poema, *Noche oscura*, de Fray Juan de Yepes Álvarez, carmelita descalzo, San Juan de la Cruz para la posteridad. Fue escrito en el convento de Los Mártires, donde ejerció como prior de la Orden desde 1582 a 1588. Además, en Granada dio término a la *Subida del monte Carmelo*, escribió *Llama de amor viva* y completó el *Cántico espiritual*. Por tanto, la etapa más fecunda de S. Juan de la Cruz, pues tales poemas son cumbre de la poesía mística, y están en la cumbre con la mejor poesía española.

Difícil empresa la del santo: expresar con lenguaje humano una experiencia divina. Utiliza para ello el texto sagrado del *Cantar de los Cantares*, canto de esposos, del que no sólo toma el tema, sino gran parte de su imaginaria; más una idea de aquí o de allá. Todo ello dicho en metro italianizante. Material, sin duda, de segunda mano. Pero, ¡oh, milagro!, la palabra transfundida consigue una belleza única, deslumbradora. De esta poesía dice Dámaso Alonso: “Nada o muy poco, que explique esa sensación de frescura, virginidad y originalidad que nos produce su obra y que es como

un delicioso oreo cuando a ella pasamos desde los otros poetas, aun de los mayores de nuestro siglo de oro”. Nuestro Federico lo expresa así: “La musa de Góngora y el ángel de Garcilaso han de soltar la guirnalda de laurel cuando pasa el duende de S. Juan de la Cruz”.

Y yo añadiría que pocos versos de amor se han escrito que tanto nos conmuevan. Aun sabiendo su fundamento divino ¿cuántos no hemos hecho nuestras sus expresiones, cuántos no nos hemos sentido embriagados por la sensualidad exquisita de su belleza estética? “¡Oh mano blanda, oh toque delicado!” Es la magia exclusiva de la lírica. Cada lector puede interpretar, hacer suyo el poema.

En S. Juan hay un maridaje riguroso entre sentir y decir. El lenguaje se retrae o se expande en suprema afinidad con su pulso anímico. No me resisto a poner un ejemplo: En las 10 primeras liras del Cántico, al expresar su angustia por no hallar al Amado -sequedad del alma- hay una supresión total de adjetivos: “Si por ventura vieres/ aquel que yo más quiero/ decidle que adolezco, peno, y muero”. Por el contrario, al hallarlo su vivencia es exuberancia, con tal ardimiento que parece enloquecer en el brillo de los calificativos, de su música, y ¡hasta del verbo se olvida! ¡Qué maravilla de olvido!: “Mi Amado las montañas,/ los valles solitarios nemorosos,/ [...] la música callada/ la soledad sonora/”. Expresión ebria, apretada, contrapuesta..., como si le faltara tiempo en su júbilo para manifestar lo que siente. Oficio modélico que rememora la frase de Aleixandre: “En poesía, lo que no está bien dicho no está dicho”.

San Juan comentó sus grandes poemas por petición de las monjas carmelitas. Explica cómo van dirigidos a Dios, aunque tan humano, profundamente humano es su decir poético. En mi caso, experimento cierto disgusto al leer tales *Declaraciones*, como si el mismo poeta destruyese su misterio. De hecho, él bien lo sabía. Dice textualmente:

“Alguna repugnancia he tenido en declarar estas cuatro canciones”. Lo hace, porque de camino de perfección todo se trataba.

A esta poesía, a este poeta, debo mi vocación literaria. En mi primer libro, *Hablo y anochece*, aparece la siguiente dedicatoria: “A ti, Juan de la Cruz, que, desde Granada, levantaste tu voz, de amores, la más alta”.

Siento un gran orgullo de que fuese Granada lugar donde se escribieran. Me gusta pensar que le prestaría su belleza. Mas la Granada de S. Juan no es la nuestra. Aún no se había perpetrado el crimen arquitectónico que aquellas mentes taimadas cometieron al destruir tres cuartas partes de la Granada antigua para abrir la Gran Vía, tan acorde a sus ansias de confort, de petulancia. Tal destrucción le ha valido a Granada, como ciudad, no ser Patrimonio Mundial. Tampoco se había cubierto el Dauro (cualquier río de ciudad europea se conserva, se mimas, se adorna. Recuerdo el pequeño río de Perpiñán). Y la vega, la hoya más extensa de Andalucía, monumento geográfico, no era amasijo de cemento y piedra, cegando la visión serena de planicie verde, donde caserías o cortijos, fincas de labrantía, de manera armónica y descendente se alejaban entre chopos y verduras. Y lo que más duele es constatar que se sigue destruyendo. Cuando la expansión lógica de Granada es hacia el norte, como insistentemente declarara el catedrático de Arte Pita Andrade. S. Juan contempló una Granada insuperablemente más bella, el paraíso que en hermosura deleitaba.

El convento estaba situado en el Campo de los Mártires, espléndido mirador. Debe su nombre al martirio sufrido por cristianos en época musulmana. Vivía S. Juan a escasos metros de los palacios árabes, por aquellas fechas, casi intactos. Recordemos que el alcaide de la Alhambra, -cargo que ostentaba la casa Tendilla-Mondéjar- habitaba en uno de los palacios del Partal, y que había asentamientos militares protegiendo los

alcázares. Parajes que el prior visitaría con cierta frecuencia. Su arquitectura, su vista paradisíaca, debieron influir en el alma del poeta. ¿Acaso, el inmenso, lujoso libro escrito en los muros nazaríes, no dejaría en el aire, en el brillo de sus albercas, los versos esplendorosos de Ibn al-Jatib o de Ibn Zamrak? “Verdaderas Alhambras verbales” según García Gómez.

Algunas imágenes de la *Noche oscura* pudieran ser granadinas: cedros, almenas, azucenas, aunque están en el “Cantar de los Cantares”, por ello hemos de quedar en la duda, aunque el título de *Noche* evoca otras *Noches* posteriores en los mismos espacios. “La noche de estrellas perfumada” de Francisco Villaespesa. O las “*Noches...*”, -ecos de piano- musicadas por el vecino de la Antequeruela Alta. La *Llama de amor viva*, con su potente exclamar: “¡Oh lámparas de fuego!”, quizá la gestara el santo en abrasada visión de ocasos alhambrenos.

El convento -fundado en 1573- estaba situado en su parte alta, con huerta que los carmelitas labraban. De sus varias reformas, aún nos queda el acueducto construido por su iniciativa, y en el que se advierte cierta curvatura no ortodoxa en albañilería. El convento fue destruido en 1850 a causa de la Desamortización.

Soy paseante habitual del Carmen de los Mártires, aunque distinto, el carmen sigue siendo bello. Al día de hoy, bien cuidado. Una escultura en bronce con la cabeza de S. Juan, en cuyo pedestal están inscritos versos del Cántico: “Mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura /. Y, por los senderos, placas con poemas de los premios Lorca, como homenaje visible al gran poeta místico - Doctor de la Iglesia y patrón de los poetas-. Arriba, cerca del cedro, una con las dos primeras estrofas del Cántico: “¿Adónde te escondiste, Amado y me dejaste con gemido?”...

No sé si ha notado el cariño, profunda admiración, que siento por este poeta. De mis paseos por su carmen surgieron las ideas del poema “Carmen de los Mártires”, al que antecede esta frase: “En recuerdo de un acontecer”. Forma parte de mi libro *Alter ego*. Leo sus últimas estrofas.

Por estas gratas sendas,  
en tactos de tu estar, Fray Juan de Yepes,  
contemplo ensimismada  
quietudes de belleza plena,  
como si no existiese el tiempo,  
como si el tiempo fuese gozo,  
el instante primero del Edén,  
con el sosiego y beatitud  
del Dios cercano –no pavor, no tedio-.

Por estas gratas sendas  
camino en tu palabra,  
lenta camino  
por el sopor sedoso de mi pulsar extático,  
y estás muy cerca, Juan, tan cerca  
como en la yema de mis dedos  
el tronco de este árbol que tal vez  
un día tú plantaras;  
cerca como su aroma, como  
los pájaros que en él se duermen, como  
esa fonte que mana y corre  
y humedece sus plantas con toque delicado.

Con un mirar distinto,

a casa me he traído, Juan, tu aire,  
el aspirar sabroso, unción de ti  
que a vida eterna sabe.

La poesía de S. Juan de la Cruz la leí en un libro de bolsillo de la Colección Austral. Era una adolescente. Bendito libro que me develó dilatados horizontes por donde, aún hoy, camino apasionada. En la actualidad poseo una edición de lujo en piel y la edición facsímil del manuscrito de Jaén, editado por la Junta de Andalucía. Ediciones que la Junta debiera prodigar con obras de poetas trascendentes. Serían acicate para el posible lector. Porque la poesía, frente al ámbito inconmensurable de la narrativa, la información..., es un mínimo reducto de escritores, editoriales, lectores. Y, sin embargo, la lectura poética, la escritura poética, es un don que transmuta la vida. Te abre latitudes insospechadas por donde intuyes una dimensión ilimitada del ser, del acontecer. Te confiere una rara luz, “llama de amor viva”, que envuelve en claridad y sutileza tu mirar. Es a la vez gracia y goce que, una vez experimentados, nada ni nadie podrá arrebatarte; será amiga afable y fiel durante toda tu existencia.

Y a raíz de esta declaración cabe preguntarse ¿por qué tan pocos amantes, lectores, de poesía? La naturaleza propia del arte, la más libre y superior expresión del ser humano, la hace poco asequible; su propia esencia de lenguaje lírico, figurado, la muestra dificultosa. El medio usual para su conocimiento y estima es la educación, enseñanza a todos los niveles. Es responsabilidad de educadores, de los planes de estudio y, de forma más inmediata, la del docente. Un maestro enamorado de la literatura transmite ese amor. En mi niñez tuve ese gran maestro. Era poeta y lector curtido. De él escuché los primeros versos de Lorca, de Shakespeare, y me gustaban, aun sin entenderlos. Tuve otros dos grandes maestros: D. Valentín Ruiz-Aznar, compositor del que recibí clases de Estética, transmitiéndome,

desde hitos musicales, la seducción de todo el arte. Y en la universidad, don Emilio Orozco. ¡Qué pocos deben ser -si es que los hay- los que siendo alumnos suyos no quedaran de por vida fascinados por la literatura!

La palabra escrita es guardiana solícita de la historia. Un gran cimiento donde se alza la cultura (aunque Platón prefiriese la oralidad). Y se alza más allá de tu aliento, de todo aliento. Es la que pervive y la que engendra. Nos dice Juan Ramón: “Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros / cantando/”. O nos dice Quevedo: “polvo serán, más polvo enamorado”. Versos que sí quedaran cantando, emocionando, por los siglos de los siglos. Pero Quevedo ya es polvo, aunque sea enamorado, ceniza las medulas, las “venas que humor a tanto fuego han dado”. Y no importa que un lector no sepa nada de Quevedo, de Juan Ramón, su palabra escrita en un simple libro seguirá asombrando, deleitando. Y esto es feliz y, a la par, desgarrador. El hontanar, la fuente viva donde habitaba la sed de belleza, la ternura sin orillas, las horas de ensueño; en resumen, el palpito deífico de un ser humano, será ceniza. Y aquellas migajas, versos escritos con denodado esfuerzo, que no son sino pálido reflejo de lo que en su pecho ardía, lo serán todo ¿Qué es esto? Sencillamente, el prodigio del arte, ese tremor oculto e infinito de una mujer, un hombre, que se hace objeto. En el caso de la literatura el objeto se perpetúa en un escrito, comúnmente un libro, que no será tal hasta ser leído. Residirá su grandeza en lo universal de su pensamiento.

Y he de decir que no es necesario ser devorador de libros, sino hallar aquellos que mejor se acoplen a tus exigencias de verdad, de bondad, de belleza; porque hay libros que te descubren, en la fruición de sus lecturas, un perfil escondido, que te procuran, a un tiempo, ocio limpio y sosegado,



lejos del mundanal ruido, violencia, que a diario nos circunda. Mi gratitud a toda la industria del libro que hace posible este inefable bien.

Celebramos la Feria, Fiesta, del Libro. A muchos nos llegó el que configuró nuestra vida. Seguro que siempre un libro nos espera. Al libro de poemas de S. Juan de la Cruz le dedico su propia palabra:

Descubre tu presencia  
y máteme tu vista y hermosura.

Gracias

Granada, 10 de mayo, 2019